

Kaori, una japonesa CON ALMA VIAJERA

■ Por Laura Villamil Barrera
laurav@gente.com.co

Después de 4 años de ejercer como trabajadora social en una fundación para niños afectados por diversas problemáticas sociales en Japón, Kaori Hatano viajó a Madagascar para vacacionar. Quería descansar de su ritmo laboral y creía que era el momento ideal para cumplir uno de sus sueños más importantes de su infancia: conocer otra cultura.

Al llegar a ese país, situado en el océano Índico, frente a la costa sureste del continente africano, no solo se sorprendió con animales exóticos, personas mitad africanas y mitad asiáticas y un clima cálido, sino con una alternativa que terminaría trayéndola a Suramérica. “Vi que había varias escuelas en las que dictaban clases de idioma japonés, pero los profesores no eran nativos. Por esto se me ocurrió que podía prepararme para ser docente y dar clases allí”.

Con esta resolución en mente, volvió a Japón y cursó una técnica para la enseñanza de su lengua, pero con el tiempo se dio cuenta de que la preparación no era lo único que debía tener para regresar a Madagascar. “Los sueldos eran muy bajos, entonces sí me iba para allá, no podía ahorrar ni siquiera para volver a Japón”, cuenta.

En esta encrucijada, Kaori conoció las gestiones de la organización gubernamental Japan International Cooperation Agency (JICA), encargada de establecer vínculos con otros países para trabajo de voluntariado, y concluyó que era la oportunidad perfecta para vivir otra cultura, “porque podía quedarme dos años en un lugar y recibir un buen pago”.

Tras un tiempo de entrenamiento con la entidad, esta japonesa viajó a Paraguay

para enseñar su idioma a una comunidad ubicada en la frontera con Brasil; una experiencia en la que, como lo confiesa entre risas, aprendió “portuñol”.

Allí terminó sus funciones en 2004, con la ilusión de aplicar nuevamente a JICA para viajar a Madagascar, un país que la marcó por haber sido su primera parada internacional. Sin embargo, la vida le tenía preparado un rumbo distinto. “Me mandaron para acá porque ya había estado en Suramérica, pero lo único con lo que relacionaba Colombia era con el café. No sabía más”, explica, y añade que la reacción de sus familiares y amigos frente a su nuevo destino fue de preocupación, “porque creían que iba a morir, que algo malo me iba a pasar”.

A pesar de las advertencias, Kaori se puso en marcha hacia Manizales, donde ejercería como trabajadora social para un proyecto entre una ONG y Bienestar Familiar. Su primera impresión de esta ciudad, cuenta, fue la de estar metida entre el paisaje de *El castillo del cielo*, una película animada japonesa. “Es muy parecido porque alrededor solo hay nubes y montañas. Muy bonito. Me enamoré de Colombia”.

Así como en Paraguay, su tiempo en Manizales terminó por darle paso a un nuevo destino: Filipinas. “Un lugar donde la gente era muy querida y la comida muy rica, pero sentía mucha nostalgia cuando pensaba en Colombia”, asegura, y agrega que al terminar su temporada allí viajó de vacaciones a Perú, donde terminó convenciéndose de quedarse para dar clases de japonés, “pero de todas maneras seguí mi viaje y fui a Manizales para visitar a mis amigos. Estando allí supe de una vacante en Eafit para ser profesora de japonés. Me presenté, me quedé y ahora llevo 6 años en el Centro de Idiomas de la universidad. Me encanta estar aquí” ■

Kaori Hatano, una profesora de japonés que terminó en Colombia después de vivir varias travesías por el mundo.



Creó Nihongo Club, un grupo para personas interesadas en la cultura japonesa.

Este grupo se reúne el segundo y el cuarto sábado del mes en el Parque Biblioteca.

Para mayor información, puede visitar Medellín Nihongo Club en Facebook.

Para Kaori, fueron los libros sobre otras culturas los que le despertaron el deseo de viajar.

Foto Manuel Saldarriaga